

SUPER YO

La joven entró en el oscuro túnel de la adolescencia sola y asustada. Mientras la inercia de la desidia la llevaba por el gris cilindro y la luz del fondo parecía nunca divisarse, la pequeña fue concibiendo en su mente una menuda linterna que la serviría de faro luminoso en la noche oscura de su juventud. Sumida en un profundo sueño y más despierta que nunca, de su mente surgió un haz de huesos y carne, que portaba una fantasmal y deslumbrante figura.

El rostro, con el paso de los días, meses e incluso años , se fue divisando nítidamente. La esencia de los pitagóricos se concentraba en cada milímetro de su cuerpo. Su cabello, negro como el azabache, caía en serpenteantes caracoles que dejaban un rastro de baba plateado .Sus ojos eran la puerta de los desesperados hacia el paraíso. La luz que emitían tenía una mezcla de candor y sensualidad, teñidos por una alegre melancolía. Los contrastes de sus vivencias habían hecho de esas esferas luminosas unos espejos herejes del maniqueísmo. La nariz, recta como la de una estatua griega , descansaba sobre la comisura de unos labios alargados, que revelaban un espíritu delicado y fino como las cuerdas de un etéreo violín. El marco de su rostro, ovalado como dos media lunas que se funden en un queso de blanca e inmaculada leche, era la línea

divisoria entre el luminoso espectro y su fondo oscuro. El resto de su cuerpo, un proyecto perfecto materializado en una imposible y anhelada mujer. Las extremidades eran prolongaciones del ser sinuoso e inmaculado que tenía dos embudos como nariz. Los moldeados y alargados brazos y piernas daban a la mujer un aire de elegante ciprés que custodiaba a la muerta que lo había soñado. Su sexo, paradójicamente, tan generoso como desapercibido, era el punto de discusión sobre la sexualidad de los ángeles.

Los días pasaban y el cegador cuerpo fantasmal iba apoderándose de la desvalida joven. La luz que emitía se deshilachaba en haces de nervios de un brillo de un raro color mortecino.

Poco a poco la adolescente dejó en el olvido su precaria identidad y fue asumiendo una nueva superdimensión. Ante cada escollo en el camino, recordaba su nueva identidad que la narcotizaba contra el sufrimiento.

Después de dejarse apoderar por el cuerpo extraño, pareciéndole siempre que había sido el suyo, su intelecto se convirtió en el nido que dio cobijo a un prolífico número de polluelos. Brillantes ideas, teñidas de una energía delirante, nacían de la mente que se había apoderado de la joven. Pero las ideas no tenían el caldo de cultivo que las permitiera desarrollarse, dando frutos de buena esperanza. Por

el contrario, se quedaban suspendidas en un espacio nebuloso y falto de gravedad.

Los meses sumados dieron paso a años de suplantación de identidad. La joven que se iba conformando de forma virtual estaba revestida de una dimensión que se encontraba al margen del bien y del mal. El ejercicio de la suma bondad , por ser excelso, se confundía con el de una persona divina y no humana, esta última víctima de la debilidad que el ataque del mal supone.

La joven había proclamado que Dios había muerto para erigirse en su lugar. Su condición de ficticia divinidad le hacía insoportable la vida en este mundo lleno de miserias. La persona divina que había cincelado se confundía con un monstruoso engendro que la alienaba por completo y, paradójicamente, era el precario instrumento del que se servía para seguir viviendo.

En sus meditaciones pensaba que el loco de Nietzsche debía haber soñado con ella en algún momento de su atormentada existencia y que , quizás, Freud se ensimismara ante su presencia.

Los años fueron pasando. La adolescente fue dejando de serlo. El tiempo iba descolgando de la pared la vieja y amarillenta imagen de superestrella a la que había venerado, siendo su más ferviente admiradora, hasta tal punto de haber suplantado su personalidad. La perfección personalizada , manto con el que se había quitado el frío

del invierno de la inmadurez, fue agujereándose como un queso grullere y dejándose herir por el sufrimiento que ocasiona una visión del mundo en el que la imperfección es asumida de forma consustancial al hombre. La herida del sufrimiento, antes esquivada por la falta de madurez, fue asumida con la actitud de un lama, originando una personalidad de cuyo corazón pendían los más dulces frutos de todo el jardín.